

## DESTRUCTIVIDAD Y SOBREVIVENCIA<sup>1</sup>

Susana Trochon\*

El tema de la destructividad en Winnicott, como muchos de sus temas, requiere ser puesto en perspectiva, junto a otros supuestos teóricos imprescindibles como fuerza vital, pulsión, paradoja, *self* verdadero y falso, el concepto de “lo negativo” y especialmente “uso de un objeto”. En este último nos detendremos y visualizaremos lo que ocurre durante la sesión.

Para Winnicott la pulsión no está en el origen, como postula Freud; son los procesos de maduración los que en su desarrollo, van a permitir el logro de los procesos de integración. Subvierte la idea de la dualidad pulsional originaria y su concepto de ego va a incluir a las pulsiones.

Al comienzo no hay bebé, sino fusión con otro, estamos en el momento de la unidad dual. El individuo desde su desvalimiento necesita ser cuidado por otro, de allí su radical necesidad de dependencia. En la marcha de este proceso, las exigencias pulsionales serán sentidas como “propias” sólo si los impulsos instintivos son percibidos y luego incorporados como provenientes de su ser y no de su ambiente. En caso contrario, como dice Winnicott: “...los instintos pueden ser tan externos como puedan serlo los truenos y los golpes” (1981, p. 171). Esta es una condición *sine qua non*; ergo, va a poner en primer plano las necesidades de ser, de existir y luego las satisfacciones instintivas.

Winnicott va a privilegiar el camino del *self* y a lo largo de éste va a acercar la conceptualización del *self* a la del yo, pero éste no es el yo de las instancias freudianas, sino un yo vinculado a los procesos maduracionales que entran en relación con los procesos identificatorios. En el camino recorrido de la no

---

1 Trabajo presentado en el XXIII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D.W. Winnicott. Lima, Perú. Noviembre 2014.

\* Miembro Fundador de Fundación Winnicott Uruguay. Terapeuta de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia y Psicoanálisis (AUDEPP). <strochon@hotmail.com>

integración a la integración, se destaca el núcleo del propio ser que será el motor del proceso. Éste va a subrayar su carácter personal pues desde el inicio la pulsión no es comandada por un ello impersonal, sino atravesada por la experiencia que permitirá el advenimiento del proceso de subjetivación. Quizá el concepto que más se aproxima a lo pulsional es el de “fuerza vital”. El verdadero *self* es el reservorio de energía y espontaneidad.

Para Freud las mociones agresivas y eróticas partían del ello, para Winnicott éstas sólo son tributarias de los procesos maduracionales; lo originario es el núcleo del ser, con su fuerza vital que está al comienzo de la vida y luego surgirá el yo. “No hay id alguno, antes del ego” (1981a, p. 65). Esta fuerza vital es una potencialidad que se dirige hacia una creatividad dentro de un proceso caracterizado por la oposición y culmina en vivenciar al mundo desde una pauta personal. La idea de una pulsión de muerte va a ser rechazada, así dirá “estar vivo cuando me encuentre la muerte...” (Philips 1988, p. 1).

En Winnicott no funciona el principio de nirvana o sea, el retorno de todo ser vivo al estado inorgánico y una reducción absoluta de las tensiones. Lo más cercano a la idea de muerte no parte del ser (que busca la continuidad) sino de reacciones frente a fallas muy tempranas del ambiente. Esta destructividad es primaria, tiene elementos amorosos y destructivos, pero sólo lo son por azar.

En cuanto al tema de las raíces de la agresión, para que el niño salga de su estado de fusión con la madre, se necesita la capacidad de la madre para el odio, de la misma forma que necesita su capacidad para amar.

La fusión entre los impulsos eróticos y motores vuelve pertinente el término “sadismo oral” y esto se conjuga con el deseo de la madre de ser “devorada” en la fantasía. La fusión de las dos raíces de los impulsos instintivos, la agresiva y la erótica ocurre durante la dependencia. Se necesita la adaptabilidad del ambiente en estos momentos precoces del desarrollo para poder lograr la fusión y así acceder al carácter real de las relaciones objetales.

La destrucción ya aparece en el objeto subjetivo. Es preciso pagar un precio, dice Winnicott: la aceptación de la destrucción que se va dando en la fantasía inconsciente vinculada con la relación de objeto y el logro de un sentimiento de identidad a través de la continuidad de la existencia.

Los objetos son destruidos porque son reales y son reales porque son destruidos. El sujeto no destruye al objeto subjetivo, que es un material de proyección, sino al objeto objetivamente percibido, “...la destrucción desempeña un papel en la construcción de la realidad, colocando al objeto fuera del *self*”. (Winnicott 1991, p. 268).

La destrucción acontece en el inconsciente, en la realidad psíquica del individuo, en los sueños, las expresiones lúdicas y creativas. Existe una gran diferencia entre la destructividad de la relación de objeto y la destructividad derivada de la inmadurez del individuo. La primera sólo es tal como potencialidad y será “jugada” en la fantasía inconsciente; lleva implícita el reconocimiento de la alteridad, de la realidad externa y el acceso a la creatividad.

Winnicott introduce la necesidad fundamental de un marco para sostener y promover esta agresividad: el ambiente facilitador. El futuro de esta agresividad dependerá de la supervivencia del objeto y ella va a producir un corte en la relación-fusión con el objeto subjetivo. Bajo este punto de vista la agresividad también necesita de una continuidad que permita vivenciar la vida desde un sesgo particular y único. Esta agresividad puede tener diferentes avatares y llegar a ser exitosa si puede servir de materia para moldear y hacer suyas las experiencias vitales; si el otro le ha permitido desplegarlas sin ejercer ninguna retaliación. Sólo así podrá apropiarse de ellas. En caso contrario, el individuo quedará incompleto, deformado en su ser y sus experiencias serán vivenciadas como proyecciones: su mundo resultará empobrecido, reducido. Esto lo vemos en la patología, en los trastornos limítrofes y especialmente en la psicosis, donde habitan necesidades primarias de ser. Estas se topan con los fracasos reiterados de un ambiente carente de las condiciones mínimas que posibiliten su advenimiento.

Desde el punto de vista metapsicológico, Winnicott va a teorizar la agresividad de forma diferente a Freud y a Klein. Para Freud la agresividad es una consecuencia de la aceptación del principio de realidad, es una reacción. Para Klein la destrucción está desde el comienzo, en los avatares de la envidia. Privilegia la importancia de los impulsos agresivos y destructivos provenientes del potencial heredado que para ella era personal y no ambiental. Sus raíces son más profundas que las de la ira, que son reactivas a las frustraciones. El concepto de trauma, ligado a la importancia del medio ambiente, fue ignorado en las teorizaciones klenianas. Winnicott considera a la destructividad desde dos ángulos, uno creativo y otro reactivo. Es desde el primero que se produce ese giro conceptual que implica instalar, del lado de la destrucción, lo constructivo; de llegar al encuentro con la alteridad del otro.

En cuanto a la distinción entre agresividad y agresión, la primera está íntimamente vinculada a la motilidad y a la capacidad de usar objetos, estamos en el terreno de la realidad compartida. Otra vertiente de la misma es su expresión en el amor primitivo ya que éste lleva implícita agresividad ajena al cuidado del otro e implica violencia.

La agresividad puede sufrir una serie de transformaciones como el advenimiento de culpa, pena o somatizaciones o, “si todo va bien”, el individuo puede llegar a responsabilizarse por un otro. Cuando se destruye o se inhibe esta agresividad originaria, se daña la capacidad de amar del individuo y todo lo relacionado con la creatividad. A diferencia de otros enfoques, a Winnicott le tiene sin cuidado cómo podría canalizarse la agresividad hacia un fin “positivo”, léase sublimación, aprendizaje, etc. Lo importante es que esa agresividad quede intacta en el niño y por lo tanto que no sea inhibida.

En el caso de la agresión reactiva, la principal característica que la diferencia de la agresión primaria, es que no es propia, es decir, es producto de fallas ambientales. Esto determina consecuencias desde el punto de vista clínico que se expresan en niños con dificultades en el manejo de la agresión, o más ocultas, en síntomas de cansancio, aburrimiento o en las múltiples somatizaciones que vemos regularmente en nuestra consulta. La posibilidad de odiar es un logro tardío que ocurre cuando hay una persona completa.

Winnicott llega a la conclusión de que el problema de la sociedad no es la agresión en sí misma, sino la represión de la agresión y el peligro sería no haber cuidado precozmente el desarrollo de la misma.

En suma, para él la moción es potencialmente destructiva pero que lo sea o no va a depender del objeto, si éste sobrevive o reacciona. En el primer caso el sujeto podrá usar al objeto pero en el segundo se configura una pauta de reacción o retaliación ambiental que impedirá experimentar la raíz personal de la agresión, hacerla suya. Este impulso es provocativo, destructivo, envidioso y no tiene relación con la ira ante las frustraciones que la realidad depara; es anterior a esta instancia.

Resulta interesante para comprender estas ideas vinculadas a la destructividad detenernos en lo acontecido en una escena de la filmación de Marlon Brando “El último tango en París” bajo la dirección de Bernardo Bertolucci. En un momento de la filmación, Brando le dice a su director que siente que no podrá llorar como la escena lo requería y se preocupa mucho por esto. Bertolucci, entonces, le recuerda las emociones ligadas a un sueño que Brando mismo le relatara tiempo antes. A continuación le detalla el sueño en el cual Brando aparece matando a sus esposas y a sus hijos (llevaba dos matrimonios en ese momento). Esto produjo, durante las escenas del rodaje, una conmoción general al ver llorar con gran intensidad a Brando.

Pasaron años y, según Bertolucci, nunca más se topó con Brando y su relación con él fue interrumpida. Con motivo del Festival de Cannes y luego de haber filmado “El Padrino”, se encontraron casualmente. Bertolucci se atrevió a preguntarle sobre el por qué de su silencio, a lo que Brando respondió que luego de ser instigado a recordar aquel sueño durante la filmación, se sintió violado en lo más íntimo de su ser y experimentó una gran rabia contra él porque lo había puesto en contacto con esa carga enorme de destructividad que él poseía.

Parecería que hubo un doble escenario para esta destructividad: el primero tuvo lugar cuando Brando le relata el sueño a Bertolucci. Aquí podemos suponer un trabajo a través del sueño para elaborar esta destructividad que es “soñada”. Siguiendo a Winnicott, sería una destructividad potencial que sólo ocurre en la fantasía. Al serle “exigida” la rememoración de la misma, se sintió “violado”, registró una intrusión y esto resultó traumático, porque como él mismo relata, lo puso en contacto con su destructividad. Más allá de esta escena, sabemos de la historia de Brando que su madre tenía graves problemas psiquiátricos y que fue un individuo que tuvo dificultades con el alcohol, dificultades para amar (muchas mujeres, pero ubicadas en lugares pasivos de “geishas”) y que años después de su último encuentro con Bertolucci, su familia tuvo problemas con la justicia por violencia y drogas. Uno de sus hijos mató a su cuñado, por la violencia que éste ejercía sobre su hermana y fue a la cárcel. Luego esta hija de Brando se suicidó.

Con este material podemos intuir dificultades existenciales graves en Brando, producto de situaciones traumáticas vividas en su niñez y una gran carga de agresividad, que no fue totalmente elaborada y que vemos reaparecer en lo sucedido durante la filmación. En esta segunda escena esa agresividad tampoco pudo ser “jugada” y éstos “restos” debieron invadir todas sus relaciones sin poder metabolizarse y quizá irrumpieron dentro de su núcleo familiar, desatando episodios de gran violencia. El medio ambiente falló precozmente y luego una nueva “falla” se instaló en el movimiento regresivo provocado por Bertolucci, lo que confirmó la imposibilidad de confiar en un “otro”.

En cuanto al film en sí mismo, resulta ilustrativo para reflexionar sobre lo que ocurre en la patología, cuando las acciones compulsivas de denigrar, ensuciar, ocurren en la relación de objeto e implican una alteración de éste, para volverlo menos excitante.

La actriz de dicho film, María Schneider, relató años después de la filmación, que fue llevada por el director a filmar escenas que para su edad (era una joven de veinte años en ese momento), eran sumamente escabrosas. El director le

presentó un guión sin estas escenas, donde se llegó a mostrar en forma explícita la vejación que un hombre ejerce sobre su *partenaire* femenina. El personaje de Brando sufre una obsesión por la pérdida de su mujer, ocurrida al comienzo del film. Al no poder elaborar este duelo y la devastación que le produce, ésta culmina en una relación sádica expresada a través de todas las situaciones a que somete a Schneider. Ella luego dirá que nunca entendió cómo no desistió de la filmación, al ser expuesta a filmar desnuda durante todo el rodaje, mientras Brando aparecía vestido. Fue una forma de mostrar lo descarnado de la sexualidad desprovista de todo vínculo amoroso.

Podemos plantearnos la hipótesis de una doble violencia ejercida por Bertolucci durante la filmación: la ejercida sobre Brando y la ejercida sobre Schneider. A esto se suma la propia violencia y destructividad que plantea el argumento del film. Habría una sumatoria de violencias que se telescoparon durante esta filmación.

### **Lo Negativo en Winnicott y su articulación con la ausencia**

En las modificaciones introducidas en *Realidad y juego* al artículo “Objetos y Fenómenos Transicionales” de 1951, aparece la noción de “lo negativo”. En este tema el acento está puesto en la separación y la pérdida. Definir al objeto como posesión no-yo implica conceptualizarlo como un negativo del yo, es decir, no están presentes los elementos positivos que configuran su naturaleza.

El tiempo se convierte en el regulador por excelencia en este campo de la negatividad: él va a determinar la separación o la ausencia. Winnicott introduce aquí el factor tiempo como elemento determinante para saber hasta qué límite de horas o de días la madre sigue viva. Cuando este límite se traspasa la madre es vivenciada como muerta. A partir de esto podemos plantearnos los dos extremos que se dan en estas situaciones; la muerte de la madre cuando se halla presente y la muerte de la madre cuando no puede reaparecer y volver a vivir.

Desde Freud la satisfacción alucinatoria del deseo requiere, como condición *sine qua non*, la ausencia del pecho. Rastreando las primeras señales de lo negativo formula que la alucinación positiva supone necesariamente la existencia de una alucinación negativa anterior. Bion, en la misma línea, distingue entre nada y la no-cosa para construir su teoría del pensamiento. Así, la construcción de los procesos de pensamiento necesita de la tolerancia a la ausencia del pecho materno. La fantasía o la representación vendrían a llenar esa brecha.

Si bien en Winnicott la ausencia está en el campo privilegiado del objeto, ésta será teorizada especialmente por Lacan, ligada a lo negativo, a lo no presente.

La relación madre-bebe sufre un cambio cuando se produce la separación. La representación de la madre puede ser sustituida por una estructura, como dice Green, que metaforice la lógica del *holding* materno y esta estructura enmarcante va a ser introyectada para soportar la ausencia de representación. Cuando el bebe experimenta la desaparición de esa representación, ya no existe posibilidad de creación sustituta, porque la mente está herida en su capacidad de producir o mantener representaciones y por lo tanto puede ser destruida como tal.

Winnicott se refiere al lado negativo de la relación ya sea que la falta de disponibilidad de la madre lleve al sentimiento de maldad del objeto y se exprese en agresividad a través de gritos, llantos etc.; o que la falta de disponibilidad esté ligada a la no presencia del objeto. Esta es una referencia a la no existencia, al vacío, al “*gap*”, a la nada. Winnicott va a mostrar cómo en ciertas situaciones ese vacío va a ser lo único real. Este es el caso de la paciente con sintomatología esquizoide que había sido evacuada durante la guerra y olvidó por completo a sus padres. De este modo la paciente llega a sentir que lo único real es la ausencia y “... que podía producirse un vacío que quizá fuese el único hecho y la única cosa reales” (1971, p. 41). Cuando la ausencia es demasiado larga, el retorno del objeto no es suficiente, entonces la no existencia comanda un proceso de borrado de todas las representaciones que precedieron a la ausencia.

Esto ocurre también en la clínica, cuando el paciente, frente a algo intolerable, borra las interpretaciones del analista, porque su mente está vacía y se rompen las cadenas asociativas y presenta sentimientos de venganza o la imposibilidad de tramitar algún cambio. Aquí podríamos ver el funcionamiento de la compulsión de repetición pero no como pulsión sino como una tendencia a deshacer, resultante de una situación traumática precoz. Para Winnicott la agresión sólo surge desinvirtiendo la existencia del objeto, “... sin derramamiento de sangre” (1971, p. 117). En esta misma línea se encuentra la función desobjetalizante a la que Green se refiere; implica una desinvertidura de los objetos, ya sea internos, externos o transicionales; está más ligado a la nada que a la agresión.

### La destructividad y el poder narcisista

Green se detiene en el trabajo de lo negativo en las estructuras por él llamadas no neuróticas, los “pacientes difíciles” de Winnicott. Reivindica la idea freudiana

de una destructividad radical, reformulando la teoría de la pulsión de muerte y mostrando cómo opera en el aparato psíquico. Él teoriza la destructividad como desinvestidura, como algo que afecta el proceso de ligadura, ya sea de las representaciones como de los objetos. A diferencia de Freud, le da un rol central al objeto y, concomitante con esto, surgen sus teorizaciones a propósito de la función objetualizante y desobjetualizante. Las pulsiones de destrucción pueden tener una orientación externa o interna. Estas serán vectorizadas por un mecanismo princeps: la compulsión a la repetición. El sentido de esta descarga sería producir un vacío en el centro del aparato psíquico. Aquí la compulsión es a deshacer. Esta meta destructiva no sería originaria sino el resultado de traumas tempranos, estaríamos entonces frente a una alteración del psiquismo, de la relación entre el yo narcisista del niño y el objeto primario. Esto explicaría la aparición en la clínica de una lógica destructiva y paradójica que vemos en los pacientes limítrofes.

La compulsión a la repetición triunfa allí donde el yo no puede tolerar las decepciones que la realidad conlleva. Habría una dificultad de renunciar a la satisfacción inmediata y expulsar el dolor y la frustración. La repetición sería una descarga contraria a la acción específica, un actuar que busca borrar el afecto doloroso que llega a atacar incluso la huella del trauma y así lograr la desaparición de todo el proceso asociativo, lo que lo vuelve inaccesible al trabajo terapéutico.

El trabajo de lo negativo explicaría los fracasos en el análisis, donde un narcisismo mortífero tendría un rol preponderante, junto a un masoquismo originario, lo que daría cuenta de la reacción terapéutica negativa. Es necesario crear una nueva ligadura intersubjetiva con el analista que se ofrece como objeto para acoger todo lo imprevisible de la experiencia.

Según Green, la dificultad mayor sería el pasaje de la primera ligadura que es de carácter intrapsíquico y que está signada por el narcisismo, a otra de tipo intersubjetivo. El riesgo sería una nueva edición del trauma original. Según él, la clave del trabajo del analista consistiría en dejarse destruir sin resistir y sin dejar de pensar, interpretar.

Permitir que esa energía negativa se entremezcle y se ligue con un poco de libido sádica dirigida al objeto.

A la destructividad se le opone como resistencia la libido narcisista. Este poder narcisista es lo que impide que la destructividad se desate. Lo que no ha sido ligado, es expulsado por el yo en forma de sadismo o agresión y va a constituir un residuo del masoquismo originario, narcisismo negativo.

Así, el concepto de narcisismo es fundamental para la teorización de las pulsiones destructivas y la considera la estructura fundamental del psiquismo. Esta teoría rechaza considerar a las pulsiones destructivas como una tendencia teleológica a la descarga completa de las tensiones; no tiene una actividad permanente y tampoco tiene una ubicación superior o inferior a las pulsiones de vida.

### **La paradoja de la destructividad y el uso de un objeto en la sesión analítica desde una perspectiva relacional**

Este tema surge en Winnicott vinculado desde el comienzo a su práctica psicoanalítica y a la evolución de la transferencia en cuanto a la confianza del paciente en la técnica y el marco. Del lado del analista supone su experiencia de respetar los tiempos del paciente, lo que significa, no interrumpir con interpretaciones.

Es importante distinguir la “relación” de objeto del “uso” de un objeto. En la relación de objeto, se producen alteraciones en la persona, a propósito de que el objeto se ha vuelto significativo en un proceso comandado por los mecanismos de proyección e identificación. Esto determina que el sujeto experimente cierta sensación de “estar vaciado”, porque partes de él están ahora en el objeto. A su vez, hay cierta tensión, porque el cuerpo está implicado y es una relación con objetos subjetivos. La relación de objeto es una experiencia del sujeto como ente aislado, pero en el “uso” es imprescindible la existencia real del objeto, que forme parte de la realidad compartida.

Es necesario además, lograr la capacidad de usarlo y esto es una conquista del proceso de maduración y de su anudamiento con un ambiente facilitador.

Entre la relación y el uso surge el imperativo categórico de colocar al objeto fuera del control omnipotente para poder vivenciarlo como objeto externo. En esta secuencia el sujeto destruye al objeto y luego el objeto sobrevive a la destrucción.

En la segunda parte de este proceso, luego de la destrucción, el sujeto le dice al objeto: “te destruí”, “te amo”, “tienes valor para mí por haber sobrevivido a la destrucción por mí”, “mientras te amo, te destruyo constantemente en mi fantasía (inconsciente)” (1991, p. 267).

Ahora nos encontramos con un campo atravesado por tres ejes: la destrucción, el amor y el sobrevivir. ¿Es sólo la destrucción y la supervivencia lo que posibilita que el objeto pueda ser usado, o es también el amor agregado, formando parte de esa fuerza amor-odio, lo que posibilita poder actuar en él y con él?

Para Freud, el individuo, al toparse con el principio de realidad, produce reacciones de ira y desata elementos destructivos, pero para Winnicott la destrucción desarrolla un papel fundamental en su teoría, pues es la vía regia para conocer la realidad, aceptar la ambivalencia y desatar todo un proceso de subjetivación.

¿Cómo se corresponde este proceso en la escena analítica? El analista debe considerar objetivamente la persona de su paciente, no como una proyección. En cuanto al paciente, sin la experiencia de máxima destructividad, no accederá jamás a vivenciar a su analista como objeto real. Existe el peligro de que este proceso devenga un autoanálisis si el analista es vivenciado como un conjunto de proyecciones. Al analista le resulta difícil convivir con los ataques que su paciente produce dentro de las sesiones, no sólo cuando irrumpen ideas delirantes sino especialmente las manipulaciones que puedan llevar a “hacer cosas técnicamente malas” (Winnicott 1991, p. 269). En este contexto, sobrevivir significa no ser retaliativo.

Otro elemento a destacar es la dificultad con que tropieza el analista para el diagnóstico diferencial cuando se encuentra frente a los impulsos agresivos de su paciente y no puede determinar si son primarios o reactivos. Madeleine Davis (1998) va a distinguir una secuencia de tres tiempos para acceder a la realidad: el del yo, el del yo-no yo y, por último, el no yo. A través de diferentes momentos de destrucción y de supervivencia, el objeto es reconocido como un otro y por lo tanto va a poder ser usado.

El pasaje de la agresividad al “uso” implica la aceptación, por el sujeto, de su propia destructividad. La sesión analítica se va a convertir en el lugar privilegiado para estudiar las vicisitudes de todo el proceso maduracional en el paciente. Winnicott interpretaba la destructividad en su función positiva pero, como advierte Green, el analista no debe someterse pasivamente a la destructividad del paciente, debe conservar su mente clara y afrontar esa situación más allá de defenderse; fundamentalmente para mostrarle al paciente que debe enfrentar su destructividad narcisista, e incluso las consecuencias que dicha destructividad ejerce sobre sus propios procesos psíquicos. Dice Green, “... un amor despiadado no basta para explicar la destrucción” (2007, p. 82). Estamos frente a una destructividad no mediatizada por ningún elemento amoroso. Son formas desintegrantes que surgen del narcisismo negativo, cuyo objetivo es negar la existencia del otro.

¿Qué es ser buen analista y cómo se introduce en el setting la experiencia de uso? Esto significa el allegamiento al paciente y permitirle ser usado por él. Se

configura un salto cualitativo en la transferencia; alude a promover la capacidad del paciente para usar a su analista y las habilidades de éste para ser usado "... hasta gastarlo." (Winnicott, 1991, p. 279).

El corolario de este proceso es la pérdida paulatina de significatividad, cierta opacidad para el descubrimiento personal para permitir el surgimiento de una nueva capacidad: la capacidad de jugar a solas en presencia de alguien. Por último, el sujeto podrá desvanecer su dependencia y aceptar los riesgos que la vida misma propone.

A propósito de este tema, paso a relatar el caso de Ana, una paciente grave que ha tenido varios internamientos e intentos de autoeliminación, una sexualidad primitiva, problemas con el alcohol y grandes dificultades en sus vínculos. Al comienzo del tratamiento se presentaba en la sesión arropada en un "falso *self*," que le permitía expresar una gran idealización conmigo. Después de varios meses sin poder avanzar, en "un *stand by* terapéutico", se produce un cambio en relación a una "falla" en el encuadre. Ana presentaba una gran voracidad, que se traducían en conductas compulsivas de beber o comer (yo sabía la importancia que estos elementos tenían para ella). Pese a que yo la esperaba con café y galletitas o refrescos en verano, un día me pidió para salir de la sesión e ir a comprar un "Massini" (postre típico uruguayo) que lo vendían en un establecimiento a dos cuadras de mi consultorio. Señalarle la conveniencia de no interrumpir la sesión, se constituyó en una "falla", que yo registré *après coup*. Se desatan entonces grandes montos de envidia, especialmente por los logros (familiares e intelectuales) que, según ella, yo había conseguido en la vida. Despliega entonces mecanismos de proyección en forma masiva sobre mí.

Ana experimenta una gran necesidad de fusión: vivencia simultáneamente impulsos eróticos y agresivos que perfilan una relación de objeto de tipo primitivo. Esta coexistencia de impulsos en el psicótico es diferente al componente agresivo que aparece junto al impulso de amor primitivo. La fusión desarrolla un papel importantísimo a lo largo de la vida y al ser siempre una tarea inconclusa, determina montos no ligados de agresión que se expresan en la patología. Un desamparo radical expresado en una gran fragilidad denota la enorme necesidad de dependencia de Ana.

En cuanto a la contratransferencia, yo debía permanecer vulnerable, acompañando sin interrumpir y sobrevivir a esos ataques sin expresar retaliación. Recordé, a lo largo del tratamiento, las recomendaciones de Winnicott sobre este tema, como por ejemplo un postulado princeps: es imposible el análisis de

los pacientes psicóticos si el odio del analista no es consciente y bien delimitado. Tanto el amor como el odio que el analista siente hacia su paciente es una reacción frente a la personalidad y al comportamiento de éste. Reflexionando sobre los afectos que en mí se manifestaron durante el tratamiento, diré que me sentí invadida muchas veces por emociones muy fuertes con esta paciente, desde experimentar una comunión sin palabras con ella, al estilo de una madre con su bebé y sentir una gran ternura hacia ella, como dice Searles (1980), a otros momentos, en que una furia intensa me recorría y se conmovían las bases más primarias de mi personalidad.

Es por esto, que para poder analizar a pacientes psicóticos el analista debe llegar a sus propios elementos más primitivos, lo que determina en muchos casos la necesidad de mayor análisis en el analista para lograr un mejor conocimiento de sí.

El haber podido sobrevivir como analista permitió que Ana pudiera percibirme no sólo como un objeto objetivamente percibido, como diría Winnicott, sino como otredad, como alteridad.

En ese espacio de fronteras móviles, donde la transicionalidad deja sus marcas, Ana pudo acercarse a la realidad en muchos momentos y alternar con otros en los que yo funcionaba como objeto subjetivo. Todo esto fue posibilitando el advenimiento de gestos espontáneos, de momentos lúdicos y creativos que iluminaron nuestros encuentros y comencé a vislumbrar que Ana podía llegar a ser... siendo... en su forma singular.

Winnicott va a destacar que la madre odia al bebé antes que el bebé la odie y antes que el bebé conozca la existencia de este odio en la madre. La madre debe ser capaz de tolerar el odio que su bebé le produce, sin expresárselo. Ella tiene una enorme capacidad para tolerar el daño que su hijo pueda producirle y, aun odiándolo, no pagarle con la misma moneda. El ser humano necesita de otro que lo odie para poder odiar. Es por esto que para que un paciente psicótico tolere el odio que siente hacia su analista, debe sentir a su vez que es odiado, no le sirve un ambiente sentimental.

No se puede esperar reconocimiento debido a que, en la raíz primitiva del paciente no hay capacidad para la identificación con el analista; y ciertamente el paciente no puede ver que el odio del analista frecuentemente es engendrado por las cosas que el paciente hace en su cruda manera de amar (Winnicott 1981b, p. 278).

### Referencias bibliográficas

- Bollas, C. (1999). *La sombra del objeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Boushira, J y Durieux, M.C. (2005). *Winnicott Insólito*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1982). *Más allá del Principio de Placer*. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- \_\_\_\_\_.(1915). *Pulsión y destino de pulsión*. Tomo XIV, Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A. (1995). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- \_\_\_\_\_.(1996). *La Metapsicología Revisitada*. Buenos Aires: Universitaria.
- \_\_\_\_\_.(2007). *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Davis, M. y Wallbridge, D. (1998). *Límite y espacio*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Phillips, A. (1988). *Winnicott*. Harvard University Press.
- Revista de Psicoanálisis. APA. (2011). *Voces del Pluralismo*. Tomo LVXIII. Nº 2/3.
- Rodulfo, R. (2009). *Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Searles, H. (1980). *Escritos sobre Esquizofrenia*. Barcelona: Gedisa.
- Trochon, S. (1994). El Yo y El Self en Freud y en Winnicott. III Encuentro Latino-Americano sobre O Pensamento de Winnicott, Gramado, Rio Grande do Sul, Brasil 1994.
- \_\_\_\_\_.(2004). La tendencia antisocial como puente entre la violencia en la sociedad actual y la violencia en el proceso de subjetivación. XIII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D.W. Winnicott. Porto Alegre, Brasil 2004.
- Trochon, S. y M. Frascarelli, (1995). “Espacio Potencial y Creatividad: las nuevas categorías”. IV Encuentro sobre el Pensamiento de D.W.W. Santiago de Chile, Chile 1995.
- Winnicott, D.W. (1981a). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia.
- \_\_\_\_\_.(1981b). *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Laia.
- \_\_\_\_\_.(1984). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Hormé.
- \_\_\_\_\_.(1991). *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_.(1993). *La naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_.(1971). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.
- \_\_\_\_\_.(1994). *El hogar, nuestro punto de partida*. Buenos Aires: Paidós.

### Resumen

En el tema del “uso de un objeto”, la destructividad es el pivote sobre el que bascula. Se articula con otras nociones que lo complementan como el concepto de pulsión, fuerza vital, raíces de la agresión, paradoja, falso *self*. El sobrevivir a la potencialidad destructiva determinará que se convierta en un camino privilegiado para acceder a la realidad, aceptar la ambivalencia y desatar el proceso de subjetivación. Reflexionando sobre las conceptualizaciones de “lo negativo” se muestran sus peculiaridades y su relación con la ausencia. En ciertas situaciones, el vacío va a ser lo único real.

Green teoriza la destructividad como desinversión, como algo que afecta el proceso de ligadura de las representaciones con los objetos; producto de traumas tempranos. Winnicott distingue entre “relación” y “uso”. La primera es una experiencia del sujeto como ente aislado, pero en el “uso” se necesita la existencia real del objeto y lograr la capacidad para usarlo. El pasaje de la agresividad al uso implica la aceptación, por el sujeto, de su propia destructividad. La experiencia de uso en el setting, alude a promover la capacidad del paciente de usar a su analista y las habilidades de éste para ser “usado”

**Palabras clave:** destructividad, fuerza vital, lo negativo, relación y uso del objeto, supervivencia

### Abstract

*On the issue of the “use of an object”, destructiveness is the pivot on which it bascules, it is articulated with other notions that complement it like the concept of drive, vital force, roots of the aggression, paradox, false self. Surviving or not to the destructive potential, will determine that it turns into privileged way to access the reality, to accept the ambivalence and to untie the subjectivation process. Pondering on the conceptualizations of “the negative”, its peculiarities and its relationship with the absence appear. In certain situations, the void will be the only real thing.*

*Green theorizes destructiveness as de-investiture, as something that affects the process of binding the representations with the objects; product of early traumas. Winnicott distinguishes between relation and “use”. The first is an experience of the subject as an isolated entity; however, in the “use”, both the real existence of the object and achieving the capacity for using it are needed. The passage from aggressiveness to “use” implies the acceptance by the subject of his/her own destructiveness. The “use” experience in the setting alludes to promoting the capacity of the patient to use his therapist and his therapist’s skills for being “used”.*

**Key words:** destructiveness, relation and use of the object, survival, the negative, vital force